



**EFRAIN
HUERTA**

SONETOS OLVIDADOS

Las viejas (cosas) cosquillean. No dejan dormir. Torturan. Porque luego alguna fecha se escurre por entre los dedos nada memoriosos, o a lo largo de los brazos desmemorizados. O dan vueltas por la cabeza y aturden como un viaje en la montaña ruso-soviética —y peor aún con Evtuchenco recitando versos a la fecunda amistad EU-URSS.

Viejas cosas cosquilleantes son varios sonetos que permanecen allí, enfrente, detrás, junto a, cerca, lejos. Pero siempre polvosa y ociosamente presentes como una llamada, una grosería (merecida), un grito en los vacíos de estas décadas amalditadas, repletas de traiciones, embustes de soberbia factura, acomodamientos, oportunismos, etcétera.

Víctimas de esos remotos y cercanos acomodamientos burocráticos, fueron dos poetas, no mexicanos, uno vivamente vivo y otro más vivo que muerto o, mejor, más vivo y presente que nunca lo estuviera. Los dos pasaron por este país y brutales luces meridianas de siniestras obscenidades. Pasaron por México y dijeron mucho y mucho aprendimos de ellos. Los que prefirieron la disidencia, con el amargo pan de su mezquindad se lo coman.

EL ANDALUZ

1935: Rafael Alberti venía de la Unión Soviética. No pudiendo regresar a España por su fidelidad a la revolución de los mineros asturianos (octubre de 34), el poeta y su compañera, María Teresa León, viajan a Italia (en Roma son huéspedes de don Ramón del Valle-Inclán), luego París y finalmente hacia América. Nueva York y La Habana. México finalmente:

Diez era de mayo cuando el *Siboney*
zarpó de la palma cubana al maguey
que el mar mexicano citó a recibirme,
las dagas abiertas, gentil, para herirme.

El *Siboney* atracó en Tampico, donde Alberti tuvo molestas complicaciones con el cónsul de España. Niceto Alcalá Zamora presidía la Segunda República. Rafael no le perdonó al cónsul su insolencia y el fruto es un soneto tremendo que es el antecedente directo del que escribiría a su amargo paso por El Salvador, y precisamente de madrugada y en el cuartel de aviación de Ilopango, de San Salvador. Este soneto está dirigido a aquel brujo carnicero que se llamó Maximiliano Hernández Martínez:

Presidente: amarillo te verán, te veremos.
Doce mil, quince mil hombres desenterrados,
de pie los esqueletos, rígidos, fusilados,
te colgarán la vida. Mejor: te colgaremos.

El soneto anticónsul es ferocísimo, y de tal manera, que la prudencia indica que no puede ser transcrito en su totalidad. Veamos nada más la dedicatoria:

“Retrato del Excrementísimo Señor Don Luis de Orduña y del Moral, Caballero Alcayata de la Orden Ateneísta del Rebuzzo, Cónsul de la actual República Española (1935) en la Ciudad Mejicana de Tampico.”

La primera cuarteta es demoledora y maloliente, de manera que vayamos a la segunda:

un gancho al revés, digo, invertido,
una visagra puesta a una viruta,
una batuta rota, una batuta
bailando al son de un asno retorcido;

Y hasta es posible reproducir el primer terceto:

un tornillo monárquico clavado
a una muerta República a quien roba,
difama y lame con traidor hocico...

El final es aplastante: el cónsul-alcayata es todo cuanto puede resumir la categoría de cornudo, pero además

...un marica, un esmirriado,
un manojo de cerdos, una escoba
para urgar (sic) los retretes de Tampico.

No, desde luego ni Rafael ni María Teresa corrigieron pruebas, y de esa manera se escapó un “urgar” por hurgar. Pero para remate de los líricos y satíricos hechos, una advertencia entre paréntesis:

(Anónimo del siglo XVII, atribuido a D. Francisco de Quevedo), y otros más: (La divulgación de este soneto le traerá la suerte.)

En sus luminosos treinta y tantos años, el poeta era algo más que un torbellino: un ciclón avasallador y encantador. En Bellas Artes (Sala Ponce) le escuchamos por vez primera decir en forma más que vibrante el poema *La Toma del Poder*, de Louis Aragon, traducido por él (conservo la traducción, con anotaciones de Rafael hechas a lápiz). Y cuando, diciendo sus poemas, algo se le olvidaba, miraba hacia María Teresa, sentada entre nosotros, y ella le recordaba el verso que faltaba o que seguía.

Rafael y María Teresa vivieron, como más tarde Manolo Altola-guirre, Concha Méndez y la pequeña Paloma, en el edificio Ermita, de Tacubaya. Yo hacía viajes vespertinos a Portales, a ver cómo iba la impresión de mi primer libro, *Absoluto Amor*. Me lo estaba haciendo en sus prensas de *Fábula* el inolvidable Miguel N. Lira.

Muchas veces coincidí con los Alberti, porque ya Miguel estaba parando a mano el inmenso poema *Verte y no Verte*, de Rafael. Es un poema elegíaco a Ignacio Sánchez Mejías, pensado desde que el poeta navegaba por el Mar Negro rumbo a Constanza, y la fecha es importante: Plaza de Toros *El Toreo*, México, 13 de agosto de 1935.

De *Verte y no Verte*, Miguel hizo "250 ejemplares impresos en papel especial y numerados, de los cuales 50, firmados por los autores, quedan fuera de comercio..."

¿Quiénes eran los autores? Pues Alberti, desde luego, y el pintor Manuel Rodríguez Lozano. Cuatro dibujos de Manuel, con modelo masculino desnudo: una verónica, citando a banderillas, a matar y el hombre —el torero— muerto. Al sevillano Sánchez Mejías lo mató el toro *Granadino*, en la plaza de Manzanares, justo el 13 de agosto de 1934. El poema *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico García Lorca, lo editó *Cruz y Raya* en 1936.

De *Verte y no Verte* conservo el ejemplar número 196, pero no está dedicado. (El título lo tomó Rafael de los versos (*Por el Mar Negro un barco/ va a Rumanía. / Por caminos sin agua / va tu agonía. / Verte y no verte. / Yo, lejos navegando, / tú, por la muerte.*)

El que sí me dedicó fue el tomito *Poesía, 1924-1930*. Fecha, un día de septiembre de 1935.

LOS TOREROS

En el poema elegíaco de Alberti, cinco sonetos son las columnas que sustentan un cuerpo de versos libres bellísimos y numerosas coplillas. Pero esos sonetos no son los olvidados. No sólo esos sonetos. Todo el poema lo es; pero más que olvidado, ignorado por declamadores —qué bueno— y directores de escena —magnífico. Y ahora se me ocurre una idea curiosa: alguien podrá establecer un paralelo, una grata comparación entre los poemas de los dos andaluces dedicados a Sánchez Mejías, y el *Corrido de Bernardo Gaviño*, muerto en la plaza de toros de Texcoco, México. Al morir Ignacio Sánchez Mejías tenía 43 años. El mexicano Gaviño, nada más 83...

Son sugerencias audaces, es cierto. Tan cierto como que el *Corrido de Bernardo Gaviño* no aparece en *El Corrido Mexicano*, de Vicente T. Mendoza. *Porque los jóvenes que logran la licenciatura en Letras, deberían buscar nuevos temas y no limitarse a hacer buenas o malas tesinas sobre poetas vivos que parecen bien muertos.* Por ejemplo (otra sugerencia audaz), investigar la pasión de Carlos Pellicer por los toros, el epistolario taurino de su hermano Juan, etc.

De Alberti, ¿cómo no recordar su *Joselito en su Gloria*? Es el poema 11 de *El Alba del Alhelí: Cuatro arcángeles bajaban / y,*

abriendo surcos de flores, / al rey de los matadores / en hombros se lo llevaban. En total, diez vibrantes y doloridas cuartetas. Ahora bien, me sorprende que este poema a *Joselito* no lo incluye José María de Cossío en su libro (tomo II, Antología) *Los Toros en la Poesía Castellana*. Incluyó otros: *El niño de la Palma* (Chufillas), *Corrida de Toros* (dedicado a José María de Cossío) y *Eh, los Toros*.

En esta postal a color, veo el mausoleo de *Joselito* en el cementerio de Sevilla. No lo llevan cuatro arcángeles sino, en bronce, en hombros, el lloroso pueblo. La almohada, la cabeza y el medio cuerpo del torero, en mármol blanco. ¿Y qué descubro al pie del mausoleo del afamado rival de Juan Belmonte? Una lápida en piedra rojiza, a ras del piso, con este nombre: *Sánchez Mejías, junio de 1891-agosto de 1934*. Es bueno recordar que *Joselito* doctoró a Sánchez Mejías, en Barcelona (1919) y en Madrid (1920). A *Joselito* (José Gómez) lo mató un toro un día de 1920, en Talavera de la Reina.

Cuando en 1947, en la plaza de Toros de Linares, *Manolete* fue cogido y muerto, el poeta andaluz Manolo Altolaguirre me llevó un romance elegíaco dedicado al creador del toreo serio y sobrio: Manuel Rodríguez. Un poema pésimo. El original, en tinta azul, lo oculté cuidadosamente, y ahora está en manos de mis buenos amigos Africa y Jorge Villegas.

UN GRAN SONETO

El lunes 23 de septiembre de 1974, en *El Día*, apareció una página (Testimonios y Documentos), con la reproducción íntegra de un texto de Wilberto Cantón, *Sobre la Estancia de Pablo Neruda en México de 1940 a 1943*, publicado originalmente en el libro *Posiciones*, Imprenta Universitaria, Serie Letras No. 4, México, 1950. En el texto de Wilberto encuentro algunas ligeras fallas. Nada grave, por otra parte. Pero debió corregirse el título del poema a Silvestre Revueltas, que no es *Murió Silvestre Revueltas*. Wilberto Cantón recuerda un acto celebrado en el Teatro del Sindicato Mexicano de Electricistas, "organizado por la Sociedad de Amigos de la URSS", el "30 de septiembre" de 1942.

El acto fue organizado por ocho agrupaciones: electricistas, mineros, ferrocarrileros, petroleros, azucareros, tranviarios y gráficos, más la SAURSS, y se celebró el martes 29 de septiembre. "Entrada personal \$ 0.50. Para el Fondo de Ayuda a la URSS." Tres oradores abrieron el programa, y dos poetas lo cerraron: Pablo Neruda y yo. Poco antes de empezar el acto, Pablo me invitó a tomar una copa. Lo que quería era leerme el poema que diría. Era el *Canto a Stalingrado*. La cantina donde brindamos con tequila está allí todavía: *La Castellana*, en Antonio Caso e Insurgentes Centro. Yo sólo le recomendé a Pablo que cierta



palabra sucia la suprimiera, o que la pusiera en francés, por sonar más belicosa. Se quedó en francés.

Ya en otra ocasión hablé de mi fracaso como recitador y de la rotunda victoria poética de Pablo.

Un año más tarde, el viernes 27 de agosto de 1943, en el Frontón México y a las ocho de la noche, Pablo fue despedido por sus amigos y admiradores. Wilberto Cantón recuerda que los oradores fueron Wenceslao Roces, Alfonso Reyes, César Martino y Vicente Lombardo Toledano. Pero hube de entrar en sospecha, y a buscar la causa. Esta es una hoja de papel epistolar, con un discreto membrete: *Enrique González Martínez*, y un soneto con versos alejandrinos:

DESPEDIDA A PABLO NERUDA

¡Viajar, volar de nuevo sobre mar y montaña,
sobre invioladas nieves y llanuras de sol!
El aire te bendice, el amor te acompaña
y una lengua de fuego te lame el corazón.

Adiós... Pero no olvides, si la vida te engaña,
que en este valle, un día, dejaste una canción.
Si el recuerdo vacila, avívalo en la entraña
rumorosa y profunda de tu fiel corazón.

Yo también por el mundo tendí mi vuelo errante;
yo, como tú, quisiera proseguir adelante...
¡Mas todo lo he perdido en mi viaje de ayer!

¡Feliz de ti que tienes una estrella en la altura,
y una voz que te lanza por mares de aventura,
de los que nadie sabe si se puede volver!

Enrique González Martínez

Fecha: A 22 de agosto de 1943.

Estoy absolutamente seguro que fue don Enrique quien leyó el poema a Pablo, porque yo lo recibí de sus propias manos. Los cuatro oradores fueron excepcionales, es cierto. Nadie recuerda lo que dijeron; pero este soneto queda en pie. En pie de guerra, como siempre estuvo el maestro mexicano; como siempre se mantuvo el maestro chileno.

UN HASTA LUEGO

Pablo Neruda abandonó nuestro país el primero de septiembre. Llegó a Colombia, donde un perro gigante se hizo eco de los



ladridos de los gozquecillos: un tal Laureano Gómez, reaccionario a morir. Tipo feroz, como sólo puede serlo un reaccionario colombiano. Gran jefe del Partido Conservador, Laureano fue presidente de su país, fundó varios periódicos, publicó libros, etc. Sus ataques a Pablo Neruda merecieron una respuesta fulminante: tres sonetos como tres bofetadas. Gómez escribió su ataque en verso y lo publicó en su diario *El Siglo*, de Bogotá, bajo el título *En el tumor, la aguja*.

En la soberbia, la espina: Tres sonetos punitivos para Laureano Gómez, de Pablo Neruda, se publicaron originalmente en el diario *El Tiempo*, de la capital colombiana, en octubre de 1943; la revista *Zig-Zag*, de Santiago, los reprodujo de inmediato. Diez años más tarde, en Santiago, los publicó la revista *Vistazo*, y deben estar en *Poesía política*.

A México llegaron lo más pronto posible, y yo los reproduje en *El Popular* con esta notita: "Durante su breve estancia en Colombia, en el mes de septiembre de este año, el gran poeta chileno Pablo Neruda fue objeto de insultos constantes de parte de los reaccionarios de aquel país. Neruda contestó estas injurias con

estos tres sonetos que han sido reproducidos en numerosas publicaciones de la América del Sur, en donde es bien conocida la figura de Laureano Gómez. Los damos a conocer con gran satisfacción. . ."

Yo los reproduzco ahora, en 1975, con la misma satisfacción de entonces:

1

Adiós Laureano nunca laureado,
Sátrapa triste y rey advenedizo.
Adiós, emperador de cuarto piso
antes de tiempo y sin cesar pagado.

Adminstras las tumbas del pasado,
y, hechizado, aprovechas el hechizo
en el agusanado paraíso
donde llega el soberbio derrotado.



LO ADMIRATIVO

Quede lo anterior dado por muerto. Laureano Gómez, frenético partidario del Eje Berlín-Roma-Tokio, no volvió a su "rencorosa sepultura", pero en marzo de 1944 dio con sus huesos en la cárcel porque no pudo probar sus ataques periodísticos al régimen de su país.

Pocos años más tarde, oh nuestra América Latina, llegó a la presidencia de su país. No pasó nada. Tal vez alguien lo derrocó.

Esto de Laureano Gómez no es "lo admirativo". Ni fue nunca lo admirable. Pero quería pasar de un pantano a una rosaleta. ¿No hacemos lo mismo todos los días y a todas horas?

Alguien que tampoco quiso a Pablo Neruda, estuvo entre nosotros varios años, editando libros y patrullando la Avenida Juárez con el Pintor Manuel Rodríguez Lozano como guardaespaldas espiritual. Nunca pasaba de San Juan de Letrán: creía que más allá estaba la selva, llena de mexicanos emplumados. Pues bien, un día hizo un viaje al Istmo y su alma se pasmó ante la belleza de las mujeres juchitecas. A una de ellas, llamada Lucelia, le hizo un lindo soneto, que es un doble o triple acróstico, como se leerá con cuidado:

A LUCELIA

Luce Lucelia luz celeste y clara,
Uniendo, por las albas de su frente,
Con el día la noche, transparente
En cabello que a sombras se declara.

Luciendo sombras, lúcida prepara
Un claro alborear, tan sonriente,
Con tan alegre afán, que, de repente,
Enciende en risa, al fin, toda su cara.

Luz bélica de amor, bellos enojos,
Ilusoria pasión, doble porfía;
Amanecer de llanto en risa pura;

Luz que empaña de lágrimas los ojos
Ungidos al dolor por la alegría:
Zozobra de clarísima amargura.

Buen poeta, José Bergamín. En México llevó una vida principescas, que en bruma atribuimos al "oro del Vita". Yo le estoy agradecidísimo, porque mi manuscrito de *Los hombres del alba* los arrumbó en el rincón de un closet. En 1944, Rafael Solana me publicó el libro. Sucedió que Pepe nunca entendió a México.

Allí eres dios sin luz ni primavera.
Allí eres capitán de gusanera,
y en la terrible noche del arcano
el cetro de violencia que te espera
caerá podrido como polvo y cera
bajo la jerarquía del gusano.

2

Caballero del látigo mezquino,
excomulgado por el ser humano,
iracunda piltrafa del camino,
oh pequeño anticristo anticristiano.

Como tú, con el látigo en la mano,
tiembla en España Franco el asesino,
y en Alemania tu sangriento hermano
lee sobre la nieve su destino.

Es tarde para ti, triste Laureano.
Quedarás como cola de tirano
en el museo de lo que no existe.

En tu pequeño parque de veneno
con tu pistola que dispara cieno.
Te vas antes de ser. ¡Tarde viniste!

3

Donde esté la canción y el pensamiento,
donde bailen o canten los poetas.
Donde la lira diga su lamento,
no te metas, Laureano, no te metas.

Las críticas que aúllas en el viento,
la estricnina que llena tus maletas,
te las devolverán con escarmiento.
No te metas, Laureano, no te metas.

No toques con tus pies la geografía
de la verdad o de la poesía,
no está en lo verdadero tu terreno.

Vuelve al látigo, vuelve a la amargura,
vuelve a tu rencorosa sepultura.
¡Que no nos abandone tu veneno!





Luego me decepcioné, al descubrir que no era español precisamente, sino gachupín y jesuita. No obstante, lo admiré mucho.

¿No es supremamente cursi y bello el soneto *A Lucelia*?

COCA COLA EN LA ARENA

El primero de agosto de 1952, una publicación hecha en México por refugiados políticos españoles, publicó un soneto con esta advertencia: "En el número anterior, recogíamos y comentábamos la noticia. Hasta sobre las plazas de toros se proyecta la sombra de la hipoteca yanqui. La de Madrid ha sido entregada a una empresa norteamericana para un espectáculo de patinaje sobre hielo. Entre los madrileños, circula profusamente un soneto, que refleja la gracia y la intención certera con que nuestro pueblo fustiga a sus secuestradores:"

Sobre la arena fina, ni el revuelo
del lance ni la gracia de la capa
verás más, afición. Ya se te escapa
tu Fiesta, sepultada bajo el hielo.

Ya se acabó. La Plaza jubilosa
que antes vibró con las manoleínas,
verás en patín a rubias bailarinas
desterrando tu Fiesta más hermosa.

¿Que se acabe la Fiesta? ¿Que se acabe!
La Empresa de la Plaza sólo sabe
que lo bueno es tener el arca llena.

¡Hay que ganar y atesorar con prisa!
Únicamente queda esta *divisa*:
el dólar, patinando por la arena.

Es posible que esta faena quedara incompleta. Puede ser que no todos los sonetos sean buenos. No lo son, y apenas se salvarían, por su nobleza y la fidelidad a su humanismo y generosidad, el de don Enrique González Martínez. Este último soneto, quevedesco, albertiano (fue Alberti el que señaló a la coca cola como "ese pis norteamericano"), tuvo sin duda un origen popular. Y cuanto se hace "en contra de", sobre o en contra de la canalla política o literaria organizada, mantiene una total vigencia.

Y bueno, si estos sonetos estaban olvidados, que así sigan. Yo seguiré, y conmigo más de los que se piensa, solazándome con los sonetos de *Hora de Junio*, del joven poeta tabasqueño Carlos Pellicer.

México-Tenochtitlan, abril-junio de 1975